

Certamen Literario Orcasitas

Título: El ladrillo que guardaba la memoria

Lucía perseguía a un gato atigrado cuando, al doblar la esquina de la Plaza de la Asociación, algo chispeó en el suelo: un ladrillo suelto, rosado y agrietado, que latía como si dentro hubiera un corazón de arcilla. Al tocarlo, la muchacha oyó un rumor de agua y olió un perfume de melocotón que no conocía.

—¡Soy yo! —susurró el ladrillo—. El último testigo de la huerta que fue tu barrio. Ponme al oído y te llevaré de viaje.

Obedeció. En un parpadeo apareció un paisaje de cereal ondeando hasta los límites del actual parque de Pradolongo. Pastaban cabras, y un arroyo serpenteaba donde hoy ruge la A-42. Las huertas brillaban como esmeraldas y unos labradores apellidados Orcasitas marcaban surcos con azadas centenarias.

El ladrillo dio un brinco y el tiempo se adelantó veinte décadas. Aparecieron chabolas de uralita sobre barro. Hombres y mujeres venidos de La Mancha, Extremadura y Andalucía alzaban paredes los domingos, con las manos aún entumecidas por las fábricas de Villaverde. Lucía sintió el agua fría de las fuentes comunitarias y la penumbra nocturna de las calles sin farolas.

—Aquella precariedad no trajo resignación, sino coraje —dijo el ladrillo, inflando el pecho—. Mira.

El cielo se llenó de pancartas. Eran los años sesenta y setenta; las vecinas salían con carros de bebés y megáfonos caseros: “¡Agua!, ¡alcantarillado!, ¡luz!” Un joven llamado Félix agitaba un megáfono: «El hombre llegó a la Luna y aquí seguimos cagando en latas». Lucía rió al oír la frase legendaria.

—Esa rebeldía nos dio alas —continuó la pieza de barro—. 16 de junio de 1977: el Tribunal Supremo nos reconoció el derecho a quedarnos y rehacer las casas agrietadas. Fue un conjuro legal, un hechizo de papel.

Los folios de la sentencia revolotearon como palomas y se fundieron con planos de nuevas viviendas. Los viejos bloques de la UVA se sacudieron el polvo; las grietas se cerraron con un crujido dulce, como corteza de pan recién hecho. Agrupaciones vecinales transformaron mazorcas de hormigón en torres dignas; brotaron colegios, un centro cultural y, en la plaza de la asociación, la estatua de una mujer extrayendo agua invisiblemente cristalina.

De pronto un zumbido subterráneo anunció la llegada de 1989. El ladrillo y Lucía emergieron en un andén nuevo: la estación de Cercanías de Orcasitas. El tren detuvo el tiempo un segundo; al abrirse las puertas, salieron viajeros y con ellos corrientes de aire que olían a futuro, a oficinas del centro, a conciertos visitados en tres estaciones.

—¿Lo ves? —dijo—. El barro se convirtió en vía férrea, y la huerta, en corazón urbano. Pero aún guardamos raíces.

El ladrillo condujo a Lucía a la Meseta de Orcasitas, donde un huerto comunitario crecía sobre antiguas zanjas. Tomates, lavanda y calabazas convivían con las tuberías de la calefacción central. Al caer la noche, las hortalizas se iluminaron con luciérnagas eléctricas; cada luz contenía la voz de una vecina que alguna vez levantó ladrillos los domingos.

Entonces el ladrillo empezó a agrietarse de nuevo; necesitaba regresar a su sitio. Lucía lo llevó hasta el bloque original de 1961, señaló un hueco noble en la fachada y lo encajó con cuidado. Cuando la primera luz del alba doró el hormigón, el ladrillo volvió a latir, pero esta vez ya no era un corazón solitario: cientos de ladrillos palpitaron al unísono, convocando un rumor de voces que repetían: «¡Barrio, barrio, barrio!».

Lucía olió otra vez el perfume de melocotón y supo que el espíritu de la antigua huerta seguía allí, sembrado en cada patio. Un tren silbó a lo lejos, el gato atigrado maulló satisfecho y el sol de Orcasitas coronó los tejados recién pintados.

Fin.

Indalala

